

Muchas cosas en relación con el debate contemporáneo sobre el diezmo se concentran en cuestiones limitadas. ¿Debemos devolver el diezmo? ¿Dónde debemos devolverlo? ¿Por qué debemos hacerlo? En realidad, esa discusión ignora la verdadera cuestión: ¿Por qué Dios estableció el sistema de diezmos? ¿Tendría el diezmo otro propósito que fuese más allá de la finalidad de sustentar el ministerio de la iglesia? ¿Podemos comprender el diezmo de tal forma que nos ayude en nuestro caminar con Dios?

La historia de Abram y Melquisedec (Gén. 14:20) es la primera referencia bíblica al diezmo. El segundo ejemplo aparece cuando Jacob asume el compromiso de devolver el diezmo en respuesta a las bendiciones de Dios (Gén. 28:22). Ninguno de esos ejemplos es la respuesta a una nueva orden de Dios. Es simplemente la continuidad del estilo normal de culto practicado por ellos. Por medio de los diezmos, esos hombres reconocían la mano de Dios en el aspecto material de sus vidas. No estaban sustentando a la iglesia; no existía iglesia. Estaban simplemente adorando a Dios.

Posteriormente, cuando Dios le dio a Israel instrucción directa sobre el diezmo, fue nuevamente recordado en el contexto de culto. Debían ofrecer sus diezmos y ofrendas en el Santuario, pues era el lugar de habitación del nombre de Dios (Deut. 12:5, 6, 11). Dios recibió el diezmo y lo usó para sustentar el ministerio del Santuario realizado por los sacerdotes y los levitas.

Al continuar estudiando el registro bíblico, encontramos el diezmo relacionado con el llamado al reavivamiento (2 Crón. 31; Neh. 12, 13; Mal. 3). El verdadero motivo siempre es el culto; es la forma en que reconocemos nuestra relación con Dios como nuestro Propietario y Redentor.

Con todo, uno de los motivos más importantes para comprender el propósito de Dios para el diezmo se encuentra registrado en Mateo 6:25 al 34. En estos versículos, Jesús ubica al dinero y a los bienes materiales en directa competencia con Dios. Él nos confronta con la siguiente elección: ¿A quién serviremos?, y ¿cómo serviremos? Es interesante notar que el contexto habla de las necesidades básicas de la vida, no del lujo. La vida enfocada en la provisión de las meras necesidades de alimento y vestido es identificada como pagana. En lugar de este enfoque, Jesús nos da el siguiente desafío: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).

A pesar de que eso no aparezca en el contexto inmediato de Mateo 6, el diezmo es una de las principales herra-

mientas de Dios en nuestra “jornada como discípulos”, pues nos ayuda a concentrarnos en él mientras lidiamos con el mundo material. Al devolver el diezmo, ponemos a Dios en primer lugar. Lo reconocemos como el Propietario de todo lo que tenemos en nuestras manos. Admitimos que somos mayordomos (administradores). Por lo tanto, necesitamos analizar algunas formas que nos ayuden a mejorar nuestro culto al devolver el diezmo. Existen muchas cosas que podemos hacer para mejorar nuestra actitud de adoración:

Paso 1: Aceptar nuestra relación con Dios

Debemos reconocer que el verdadero culto solo puede brotar de un corazón que está sintonizado con Dios. Así, el primer paso es aceptar nuestra relación con Dios. Este paso se inicia con la confesión de nuestros pecados, aceptación del perdón y regocijo por la vida eterna. Entonces entramos en una nueva relación con Jesús y, cuando devolvemos el diezmo, podemos afirmar nuestra salvación en Cristo y celebrarlo como nuestro Redentor. Esa redención establece la posición que él asumió frente a nuestra vida.

Paso 2: Aceptar a Dios como el Creador

El segundo paso para convertir nuestro diezmo en parte de nuestra adoración es aceptar a Dios como nuestro Creador. Como tal, él puede también recrearnos y darnos nueva vida. Como Creador, atiende todas nuestras necesidades. Reconocemos eso al adorarlo y ponerlo en primer lugar cuando devolvemos el diezmo. Al buscar en primer lugar su Reino y su justicia, escogemos vivir en una nueva vida. En este sentido, el diezmo es una herramienta que nos ayuda a cambiar nuestras prioridades.

Paso 3: Someter nuestro dominio y aceptar su dominio

El diezmo implica una actitud de adoración cuando quien lo devuelve acepta la realidad de que Dios es el Propietario. Ese es el próximo paso. Escogemos someter a Dios nuestro dominio y aceptamos el suyo. Significa que reconocemos que todo lo que tenemos en nuestras manos pertenece a Dios. Somos simplemente administradores.

Adoramos a Dios con nuestro diezmo, con la finalidad de recordar que todo lo que tenemos le pertenece. Seremos ayudados a administrar el 100% de los bienes para su honra y gloria. De esta forma, aceptamos nuestra responsabilidad de cuidar atentamente todas las dádivas que él nos confió.

Paso 4: Reconocer el cuidado, la orientación y el amor de Dios

También hacemos del diezmo un acto de adoración a Dios cuando reconocemos su cuidado, orientación y amor por nosotros. El diezmo que devolvemos a Dios nos recuerda que él nos cuida y está íntimamente involucrado en to-





dos los detalles de nuestra vida. Antes de que devolvamos el diezmo, él ya hizo provisión para atender todas nuestras necesidades diarias. Le presentamos nuestro diezmo con corazón agradecido, reconociendo las muchas bendiciones que nos concedió, pues solamente podemos devolver el diezmo si ya hemos recibido sus bendiciones.

Paso 5: Aceptar que debemos ser santos delante de Dios

El diezmo, como actitud de adoración, también provee oportunidad de aceptar la orden de ser santos delante de Dios (ver Lev. 20:26). Ya que él es el propietario y somos su propiedad, somos santos, separados para su uso especial. Al devolver el diezmo, podemos reconocer que le pertenecemos totalmente. De esta manera nuestro diezmo pasa a ser una confesión de que también somos “separados” para Dios.

Paso 6: Volver a consagrar nuestra vida a Dios

Cuando aceptamos el diezmo como algo santo, que pertenece a Dios, reconocemos nuestra bendición en tratar con lo que es santo. Para que eso sea hecho correctamente, debemos traer nuestro diezmo ante Dios en el contexto de nuestro caminar diario con él. Así, el diezmo pasa a ser la oportunidad que tenemos de volver a consagrarnos totalmente a él. Podemos regocijarnos en la realidad de nuestra salvación y aceptación en Cristo. Podemos aceptar nuestra nueva vida en él. Podemos celebrar la bondad de Dios al cuidar de nosotros en el mundo material, reconociendo también que él tiene cuidado de nosotros en el mundo espiritual. El diezmo se convierte en un testimonio para Dios, y para nuestro corazón, de que lo aceptamos y adoramos en nuestra vida diaria como discípulos.

En una de las islas del Pacífico sur, un niño de 13 años demostró esa actitud de adoración: Trajo un gran pez que había pescado y le dijo al anciano de su iglesia que ese era su diezmo. Luego le preguntó cómo debía proceder con el pez. El anciano le explicó lo que debía hacer y lo felicitó por haber pescado diez peces. El niño respondió: “¡Todavía no! Este fue el primero que pesqué. Los otros continúan en el mar, y estoy yendo a pescarlos ahora”.

Verdaderamente, el diezmo nos provee una herramienta para adorar a Dios cuando lo ponemos en primer lugar en nuestra vida diaria. El diezmo es el reconocimiento tangible de nuestra creciente relación con el Señor.

Benjamín C. Maxson, ex director del Ministerio de Mayordomía de la Asociación General.

(Extraído de DYNAMIC, julio-septiembre de 2002, pp, 4, 5).

El programa de Dios para mi vida hoy

El mensaje que Dios me dio en esta jornada es: _____

Lo que Dios espera de mí: _____

El programa de Dios para mi vida hoy...

En la mañana: _____

En la tarde: _____

En la noche: Dormir temprano, _____

Personas por las cuales estoy orando:

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____
5. _____
6. _____
7. _____